



ARENCA CIVICA

PRONUNCIADA

EN LA ALAMEDA DE PUEBLA,

POR EL C. LICENCIADO

FELIPE DE JESUS ISUNZA,

EL 27 DE SEPTIEMBRE

DE 1856,

ANIVERSARIO

DE LA GLORIOSA CONSUMACION

DE INDEPENDENCIA,



PUEBLA:

IMPRENTA DE JOSÉ MARÍA MACIAS,

Portal de Flores núm. 8.

1856.



Esto que yo vengo á decirlos, otros lo han dicho ya antes que yo; no importa, hoy tambien es preciso tribular á estos grandes hombres dignos y merecidos elogios.

Demost. orac. funeb. de los muertos en la batalla de Queronea.

Al registrar, señores, la historia del nacimiento de la República, ese libro sagrado de los muertos que al vivir tanto por nosotros trabajaron, y al morir, patria, libertad y prez á sus pósteros legaran; imposible es que el pecho mejicano deje de latir con alborozo, que su alma no exhale los sentimientos mas puros de gratitud y veneracion, y que una lágrima de ternura entre bendiciones mil, no se deslice por su mejilla como el mas auténtico y santo homenaje de reconocimiento intenso. Las grandes acciones, los sacrificios sublimes é inusitados, ciertas inspiraciones del genio, que al vil egoismo aturden y espantan, para no comprenderlas ni apreciarlas, y al corazon noble mueven y exaltan; no pueden producir menos en seres nacidos bajo nuestra clemente sona, de suyo tan susceptibles, agradecidos y generosos acaso sin ejemplo.

Pues bien, señores, el recuerdo de acontecimientos que aquellas extraordinarias acciones comprenden, la memoria del pasado en nuestra gloriosa emancipacion de la antigua metrópoli, la última mano, [el consumatum de la atrevida cuanto magnánima empresa del Sacerdote de Dolores, verificado en 27 de Septiembre de 821; son ahora los impulsos que nos reunen al derredor de la enseña nacional, el númen que nos atrae ante los altares de la patria, para venir á colocar nuestra ofrenda periódica, y quemar nuestros puros inciensos; la celebracion de la Pascua cívica, por último, que como la del pueblo de Israel por precepto de Dios, debe ser guardada en memoria de nuestra libertad política de generacion en generacion, y celebrada con cánticos y demostraciones como las del inspirado

—4—

caudillo de aquella raza escogida, al haber pasado entre portentos, las aguas embravecidas del mar rojo. Ya vereis por eso cuan antigua y respetable es la institucion de estas fiestas; y si consultais con las naciones maestras por su antigüedad, sabiduría y renombre, año por año las encontrareis apañadas en sus soberbios Pórticos, en sus Circos y Ateneos, en los Templos y Plazas, conmemorando las proezas de sus antepasados, y los hechos gloriosos que han dado el ornamento á sus fastos y la admiracion al mundo.

Pero si tal, tan justo y recomendable es el intento que á este lugar escogido os conduce, presididos por los poderes supremos del Estado; si os preparais á escuchar la segunda parte de la epopeya, que el próximo dia 16 se os comenzó á narrar y describir; y si vuestra ávida expectativa, espera con ansia el cumplimiento de las glorias conquistadas por los héroes de la independencia y los mártires de la pátria, hasta la estirpacion entera del gobierno colonial ¿osaré yo contentaros tomando á mi cargo empresa tan sublime, que mi conciencia estima solo digna de otro Homero como canto, de un Tácito como historia, y de los Demóstenes y Mirabeaus como panegírico? ¿Qué podeis prometeros de mi pequeñez é inesperienza en el agosto presente aniversario, despues que tantos otros precedentes han sido servidos en esta misma tribuna, y en la Nacion toda, por oradores tan diestros, reflexivos y amaestrados en el estudio de las ciencias y el manejo de las bellas letras? Grave y abrumador es mi compromiso evidentemente, y que sé yo cómo calificaréis mi audacia y resolución, para prestarme á ocupar el puesto que tan dignamente ha sido desempeñado en los jubileos anteriores. Os juro que no ha habido en eso mas que obediencia, resignacion y un ahinco entusiasta é irresistible, de cooperar cuanto me sea dado, á la celebracion y perpetuidad de la primera y mas grandiosa fiesta de mi adorada pátria. Por lo demas, yo os repetiré lo que el inmortal Demóstenes en situacion semejante, dijo á los Ateníenses: „Aunque yo fuera de todos los oradores, el mas desprovisto de invencion; la virtud de nuestros mayores brinda con superabundancia los mas brillantes rasgos, que por sí propios se deslizan al hacer sus recuerdos.”

Sí, compatriotas, las virtudes clásicas de los héroes esclarecidos que consumieron la grande obra iniciada en 810, poniendo la clave al magestuoso edificio que nos dió nacionalidad, serán á no dudarlo, la salvaguardia de mi arrojó é insuficiencia; sus méritos y sacrificios para con nuestra madre comun, el sople de vida que anime mis débiles encómios; y los frutos en suma, que de esos antecedentes gustamos y aun se nos esperan, si la paz llegare á consolidarse, la mejor prenda de la enorme deuda que todos venimos aquí á satisfacer y que, por una honra rimmerceda, la Junta patriótica de este año ha querido que yo reposte en mayor entidad. „Lo que acerca de todo esto yo

—5—

tengo que esponeros, otros lo han dicho ya antes que yo; sin embargo, hoy tambien es preciso repetirlo, para tributar á esos grandes hombres dignos y legítimos elogios." Escuchadme, señores, que ó Quintiliano ha engañado al mundo traicionando á la ciencia, ó la magestad del objeto y el ardor de mi alma, van á suplir mis defectos y poca escuela en el arte divino de que aquel fué gran maestro.

En el curso de las pocas aunque serias y concienzudas meditaciones, á que mi edad y circunstancias sociales han podido prestarse, he llegado á comprender, estudiando á mi modo el corazon humano, que ni el hombre ha nacido para el mal, ni los pueblos se unieron para la esclavitud, por mas que esto no cuadre con las máximas esparcidas por algunos filósofos, que han llegado á ganarse cierta celebridad de secta: que si lo contrario se ha operado en el mundo, y por desgracia con suma frecuencia, su origen no viene mas que de la ignorancia, principio infalible del error y de todo lo nocivo al bien de la humanidad: que para dominar á esta, ha sido preciso embrutecerla primero, encadenando el entendimiento antes que la voluntad, por los arbitrios tremendos de la satisfaccion y el terror; sin permitirle jamas el mas pequeño acceso á la luz: que un país civilizado, cumpliendo así los altos y bondadosos fines de la Creacion, ni será corrompido y perverso, ni se someterá jamas á la servidumbre por mucho tiempo; y en conclusion, que si el género humano, por otro oculto anatema, que no sea el maravillosamente expiado en el Gólgota por el Hombre-Dios, estuviera condenado á su propio exterminio, á la abyeccion y á la miseria, sin que esperar pueda algun dia, paz y dicha sobre la tierra, eso no ha de llegar á realizarse sino bajo la suave y dulcisísima influencia de la instruccion, del conocimiento de su dignidad, de la conviccion íntima de sus derechos y obligaciones, mientras apura su jornada de tránsito en este mundo. He creido mas aun, y confieso que esa persuacion la debó al fecundísimo é irresistible Mirabeau, los tiranos mismos que tanto y tan sin pudor, á la humanidad han envilecido y desmembrado; habrian desistido de serlo, ó lo serian menos si quiera, cuando se hubiese logrado advertirlos de sus verdaderos intereses, mostrarles los peligros de su situacion y los rectos y seguros caminos que conducen al engrandecimiento y á la verdadera gloria. Si en vez de la atmósfera pestilente y emponzoñada que siempre los circundara, para abismarlos al cabo en las desgracias mismas de sus pueblos, hubiesen alcanzado como otros, los consejos de un Platon, de un Aristóteles y tantos mas genios elevados y filantrópicos, que con su eminente saber y probidad, han ilustrado á los tronos, honrado y servido á sus semejantes; infalible es que el martirologio de la especie humana, en el órden despótico, no seria tan escandaloso y tremendo.

Ello es un hecho constante, señores, por mas que la perversi-

—6—

dad y el vil interés de los que se han calculado serlo del universo, formando su alianza depravada y estrecha para dominar, hayan querido desfigurarlo á las masas, derivandolo de agenos principios, y canonizándolo con insoportables estratagemas; el hombre de suyo propende al bien, desea siempre lo bueno, ama lo justo, y las sociedades, que lejos de desnaturalizarlo lo mejoran, porque para ellas fué criado, no podrian pasar por el yugo de la esclavitud, ni imponérselo tampoco unas á otras, sino por el torpe ministerio de la ignorancia que todo lo trastorna y confunde, todo lo sufre y disimula, sin reparar ni descubrir cosa de provecho en su vergonzosa y oscura carrera. ¿No os viene á la memoria, en abono de este pensamiento de imponderable fecundidad, la graciosa cuanto emblemática y satírica definición, del sapientísimo Montesquieu, sobre los gobiernos despóticos? „Cuando los salvages del Indostan quieren comer fruta, cortan los árboles de raiz y le toman.” ¿Pueden significarse mejor y mas al vivo, la estupidez y barbarie de un pueblo que vive contento con la servidumbre? Y desde las tribus nómades hasta nuestros dias ¿han sido otra cosa que ignorantes y estúpidos los pueblos esclavizados? Consultad la historia universal, donde y como os plazca, y si podeis desmentirme con alguna de sus consignas, publicaré mi error y nuestra raza se aprovechará de mi arrepentimiento. Pero no sera así por cierto; toda ella os revelará que las cadenas de la esclavitud se han forjado eternamente en la oscuridad: que el género humano padece, ha padecido y padecerá, porque no sabe lo que ha debido saber: que las guerras civiles y todas las calamidades públicas, vienen de la ignorancia, del fanatismo su hijo lejítimo muy mimado, y de nuestra flojedad y obstinacion para no salir de un estado tan miserable. La luz y solo la luz es el remedio del mundo; la luz de la verdad y las preocupaciones huyen, y los déspotas corren, y los tronos se hunden, y los crímenes se escacean, y la paz en suma, llegará á cimentarse en todas las naciones. No en valde un célebre historiador, citado por Micheaud en su historia de las cruzadas, *habia dicho tantos años antes de ahora que aquellos que con todo afan procuran los progresos de la razon humana, son los escogidos de Dios.* ¿Cual es si no, la magnífica y celestial figura con que el elocuentísimo Evangelista San Juan nos pinta al Hijo unigénito del Eterno Padre en su venida á la tierra.

Pues bueno, yo no pretendo con semejantes preliminares, tan profundamente ~~desarroyados por humanistas~~ **desarroyados por humanistas** muchos pensadores, que en tan noble tarea han consumido sus preciosos dias, sino prepararme la senda que debe conducirme á mi destino, si por ventura con mi ascendrado convencimiento, ya que no con mi lógica, logro talvez llegar á conquistarme el vuestro. Para recomendaros dignamente las virtudes, sacrificios y merecimientos de nuestros libertadores, no me ha pare-

—7—

cido que podría excusarme de significaros cual sería la situación de Méjico, con trescientos años de vasayage ignominioso, cerrados sus puertos para el extranjero, sin el menor contacto con los países cultos, en completo entredicho las ciencias y las artes, nulificada absolutamente la peregrina y maravillosa invención de Guttemberg que solo se ejercitaba en cartillas y silabarios, celados sus mejores hijos por cincuenta mil españoles lo menos, que como otros tantos Argos cuidaban de la colonia donde estaban diseminados, con la influencia del clero en favor del gobierno vireinal, las armas y las riquezas, los tribunales de la Inquisición y de seguridad pública y un índice expurgatorio de la Corte de Roma, que apenas permitía venir de la península para la lectura ó instrucción de los mejicanos, el catecismo de Ripalda, Margarita Seráfica y el Padre Parra. Ni se sabían ni se predicaban otros dogmas políticos en tan espantosa serie de tiempo, que la divinidad en el origen de los reyes, la obediencia pasiva y la inviolabilidad, y el sacro derecho de conquista en nombre de la religion que se nos trasplantó: los nuevos teoremas, las ideas nuevas que desde el siglo pasado estallaron en el antiguo mundo y lo conmovían ya de cimientos, apenas como un remotísimo y ofuscado éco se llegaron á sentir en el pequeño círculo de mejicanos pensadores, que no se atrevían ni aun á comunicárselas en el secreto de las familias; pero sin embargo á la larga germinaron bien y fructificaron, como germina y fructifica la luz que se introduce á hurtadillas en la mazmorra del infeliz esclavo.

Ya comprendereis, señores, por ese cuadro aunque abigarrado de nuestra situación política bajo el envejecido sistema colonial, cual sería el estado moral de México al surgir el pensamiento sublime y arrebatador de independencia en el ánimo cansado y abatido de un humilde párroco de aldea. Hubo una eterna paz, es verdad; ¡pero qué paz! la de la invectiva de Tácito en contraste con la libertad borrascosa, esa paz servil y pavorosa de un desgraciado pueblo, que por todos lados acosado de sus dominadores, no dá paso ni el mas inocente que no le obsteñe las turbas de esbirros que lo asechan, la policia secreta que hasta sus interiodidades prende, los calabozos que le amenazan, las hogueras del Santo Oficio instalado en nombre de Dios, y la horca, y los verdugos, y la muerte á toda hora como si llevase siempre pendiente sobre su cabeza la espada de Damocles; y bonanza también muy crecida, prosperidad y riqueza se ganaron no sueños en las treinta fatales décadas, pero ¿para quien? Que respondan las propiedades raíces, los mayorazgos, las vinculaciones, las minas, los inmensos tesoros extraídos . . . El trono y las clases privilegiadas, los víreyes y magnates de la administración, fueron los únicos dueños de todo. ¿El pueblo qué fué siempre? Un triste rebaño . . . No olvidéis, señores, los informes secretos que á la Corte de nosotros se daban, el juicio que de nuestra incapacidad se tenía for-

—8—

mado; los desprecios que los criollos recibían en sus más justas y modestas aspiraciones; y suscribireis desde luego la calificación nefanda que acabo de hacer; el pueblo no era cosa ante sus dominadores, sino para esquilarlo y aprovechar sus servicios.

Y con todo ese embrutecimiento á que se le tenía inicua-mente condenado hasta haber conseguido inspirarle amor y veneración á su propio lamentable infortunio; y á pesar de tantos y tan insuperables inconvenientes como su aniquilamiento y postración moral ya crónica ofrecían, al brillar la peregrina aurora del 16 de Septiembre de 810 en el privilegiado pueblo de Dolores; animados sus habitantes del sentimiento santo y vivificador de su virtuoso y denodado Cura, ya habeis oído poco há en este mismo recinto los prodigios operados en instantes por ese pensamiento mágico, las batallas muchas libradas contra el poder colosal, los cuidados y tortura en que entraron los opresores, la conmoción universal y como eléctrica de todo el continente, y tantos títulos de inmarcesible renombre como se adquirieron los Hidalgos, los Allendes, los Morelos, Matamoros, Aldamas y Abasolos, que bajo la perspectiva de una muerte infalible, se lanzaron á la arena para sellar con su sangre la santidad de la causa que defendían, inspirar su ejemplar patriotismo y decisión, y preparar la segunda y no menos estupenda época de nuestra libertad política. Esta es por cierto la de mi encomienda; pero tan íntimamente ligadas ambas en todas sus peripecias, en su causa primera, accidentés continuos y últimos resultados, formando todo una sola historia cuyos pormenores de asombro y singular suceso, se sostienen é impulsan en admirable concierto, acreciendo y regravando las dificultades y embarazos de la segunda, los contratiempos y fatalidades de su precedente; imposible era abrirse buen paso de la una á la otra, contar con los pormenores concatenados de las dos, sin atravesar aunque rápidamente el sendero ya visitado de la primera.

Y no solo esto, señores, no he pensado unicamente en el contraste y trasformación milagrosa que os acabo de presentar, en careceros el apremio de las circunstancias que México guardaba al pronunciar el Sr. Hidalgo la voz independenciana, ni el valor eminente y poder decisivo que la palabra por sí sola envolviera; mi intención se estendía á que echando una mirada sobre los negocios ajenos en los primeros lustros de este siglo fecundo, descubrieseis los elementos que prepararon aquí el desarroyo estupendo de la empresa atrevida, sus desmedidos y momentáneos avances y cuanto más tiene que admirarse, por mucho que hayan querido desconceptuarla inmundos y mercenarios escritores. La revolución francesa, que como una ráfaga de luz difundió por el mundo sus ideas y doctrinas; los acontecimientos de España que no podían dejar de entrelazarse, y la suerte y adelantos que sin embozo ni réplica en nuestros vecinos del Norte se

— 9 —

notaban ya por su emancipación; la luz de la verdad sustancialmente en que tanto he insistido y he de perdurar porque esa es mi conciencia, atravesando mares y obstáculos y propagándose á nosotros con su rapidéz natural, vino á despertar el sentimiento innato que estaba adormecido con trescientos años de esclavitud, y á demostrar á los mejicanos con la evidencia práctica de los hechos, que el pueblo que quiere ser libre lo es con un solo esfuerzo de voluntad firme: que no era cierto el derecho de conquista, ni honesto y legal el cambio de religion por libertad: que la religion es un don gratuito del cielo, una emanacion purisima y santa del Evangelio, general é inestimable; y que el hombre en suma, tiene derechos propios, naturales é imprescriptibles que por ningun título ni poder humano pueden legitimamente invadirse. He aquí, señores, lo que me movió al pueblo mejicano para levantarse del polvo, y seguir á bandadas en el camino de la gloria y de la muerte, la soberbia inspiracion del cura bendito de Dolores. ¡Qué espectáculo para el mundo! ¡Qué sorpresa para la conquistadora y orgullosa metrópoli! ¡Qué ventura para México lanzado ya á la restauracion de su nacionalidad.

Si los conflictos de la humanidad, que á las armas por desgracia se fian son proverbial y generalmente inseguros en su écsito; la ciencia política mas esacta aún que la de la guerra tiene consignadas entre sus conclusiones indefectibles, algunas causas tan poderosas y certeras para sus consecuencias, que con diferencia de tiempo á lo sumo, no se puede vacilar ya sobre su desenlace. Acabaran en pos de ellas los hombres, las familias y hasta las generaciones; pero el triunfo de esas causas habrá de obtenerse sin disputa, ó porque estén inherentes á la especie ó sus sociedades, ó porque como naturales y congruentes no pueden los pueblos subsistir sin ellas. La independencia, la libertad y sus ramificaciones próximas, vivo entendido que son de ese género; y que todo embate, cualquiera resistencia, la oposicion mas tenaz y mejor combinada podrán á lo mas contener sus esfuerzos temporalmente, retardar el término, originar muchos estragos; pero que alfin cederán y aquellos saldrán con la suya.

Once años once días de fluctuaciones y debates, de alternativas sangrientas é indecisas, de carnicería y asesinatos que asustan y horrorizan, de excomuniones y anatemas, de amaños é intrigas sin guarismo contra los gefes independientes y sus tropas, forman el mejor testimonio de la verdad sentada y el período de separacion entre las horas memorables del primer grito de la libertad y su consumacion en la capital de la República que es el aniversario de hoy. Ese período tremendo de furor bélico, de esterminio sin cuartel, de persecucion á muerte, porque las pasiones políticas tocaron en el colmo, y la divisa de los dos bandos era la de morir ó vencer; agotó tristemente nuestros primeros hombres en el campo del honor ó

—10—

en los cadalsos, sacrificó con ellos millares de valientes que no peleaban mas de lo suyo, y acabó con pueblos muchos que se arrasaban en el ardor de los encuentros; las adversidades sembraban la demoralizacion como es consiguiente; de esta procedia el cansancio y el desaliento, que el terrible agente religioso asusaba y sostenia, y con las promesas fraternales y los indultos, el oro y el terror, el fuego revolucionario casi se habia extinguido en 820, sin que quedasen mas que algunos miserables restos, una que otra chispa esparcida en los rincones del pais. Cualquiera diria al notar tan funesto caemiento, que la causa santa se habia desgraciado; y que sé yo si el virey Apodaca llegaria á creerlo así de buena fé, puesto que con el clero y sus altos funcionarios, no vaciló en convidar á su famoso monarca Fernando 7.º ofreciéndole México para su asilo y trono.

Y no era así ¡vive Dios! que entre aquellos restos y casi moribundas chispas, el fuego sagrado de la patria ardía aun para no extinguirse jamás; y una de ellas que como la lámpara del Santuario, como símbolo de la fé nacional ó cual feroz luciente y consolador, avisaba su existencia allá entre las montañas escarpadas del Sur, á los mexicanos perdidos ó despechados por el infortunio; pronto habria de reanimar el espíritu público abatido y conducir al pueblo desmayado á la tierra de promision, como la columna de nube que en todo el desierto presidia á los Israelitas. Era, señores, el muy benemérito General D. Vicente Guerrero, ese ser magnánimo é indomable, esa alma pura y henchida de patriotismo, ese capitán constante y testarudo, á quien ni los mas crudos reveses, ni las adversidades mas acerbas, ni el aislamiento tan deplorable para el soldado, ni la seducción y grandes recompensas conque tantas veces se le brindara, ni las lágrimas y ruegos encarecidos de un padre tierno septuagenario, ni el cadalso, en fin, ni la muerte que de todas maneras le amenazaba, pudieron impresionarlo ni levemente contra sus votos y compromisos para con la patria. Desconcertados ó concluidos los mejores ejércitos de la libertad, como he anunciado ya, en diez años de lucha sin descanso, y hecho así con un puñado de valientes que le fueron fieles, el objeto único de la saña vireinal; inevitable y prudente fué, que buscarse como los romanos su Capitólio, el paladion de la independencia y libertades públicas, el último refugio de nuestra nacionalidad, para retirarse y defenderse hasta perecer, con las ventajas de la posicion; y como que era casualmente la tierra de sus Penates, y la sábia é infinita Providencia amparaba sus miras, que fundaban ya las únicas esperanzas de todo un pueblo infortunado; las suyas ¡Dios bendito! no tardaron mucho en coronarse con los gloriosos efectos de su prevision.

No se necesita ocurrir á nuestros pequeños fástos para adivinar cuanto tendria que soportar aquel varon fuerte y esclarecido, de un poder tan cruel, basto y bien ramificado como habia quedado el colonial, gozándose en sus desaforados y ruinosos

—11—

triumfos, y sin otra rémora ya para sus ensueños y planes tan variados, que la insignificante partida del Sur. La pacificación se creía entonces concluida, la victoria completa, y colmado de orgullo escribía Apodaca en sus circulares, que „nunca el gobierno del rey habia estado mas sólidamente establecido, la disciplina militar mejor arreglada, ni recibido mayores testimonios, el monarca, del amor de sus pueblos y de sus ejércitos.” ¡Mentira! la fermentacion nacional se producía en esa vez con un ardor inaudito y aterrador; las noticias de la península que el comercio secretamente difundia, poniendo en claro las tentativas de Lacy en Cataluña, del sacrificado Porlier en Galicia, y el rumor esparcido con motivo de las ruidosas escenas del General O-donell y oficiales presos por sus proyectos en favor de la libertad [¡la luz, señores, acordaos!] renovaron hasta un punto increíble la agitacion del pais, dieron aliento al espíritu público, aumentaron los recursos del General Guerrero y maduraron en la capital el último y mortal golpe que habia de sepultar para siempre la detestada opresion. No tardaríamos ya, señores, en oír entonar el cántico de alabanzas al Todopoderoso; sedme un poco mas indulgentes.

Perfectamente sabeis que entre las filas de los satélites y soldados realistas, se distinguió por sus servicios á la tiranía un mexicano denodado y astuto, que á fuer de tanto serlo y de su consagracion sin límites al opresor, llegó á verse coronel de tropas provinciales, ascenso raro y sorprendente en los criollos, que cuando muy buenos y leales á su magestad, apenas alcanzaban una capitania. Hábil fuera de lo comun, conocedor profundo de las cosas y las personas, instruido ampliamente del estado político del antiguo y del nuevo mundo, de la metrópoli y sus colonias por las oportunidades de su esfera, de un carácter altivo y dominante, y mexicano al fin; fácilmente pudo arribar en sus profundas meditaciones, á descubrir el verdadero estado de la opinion nacional, el grado de exaltacion y fermento á que habian subido las ideas de independencia, y que en accion ya todos los elementos combustibles, la esplosion general no esperaba sino un caudillo que la presidiese. El génio oyó sonar su hora de gloria, y sin perder minuto puso manos á la obra. Los hombres de ese temple no paran en los medios; venida la inspiracion vuelan al complemento. Su plan estaba organizado, pensar y ejecutar es todo uno en los génios. El virey era un beato, ó aparentaba serlo, segun la historia, le tenia mucha confianza y para inspirársela mayor y mas profunda, tomó una tanda de ejercicios en la Profesa de México, previendo lo que sucedió: que se le encomendara la ruina del ilustre campeón del Sur, dándosele el mando de una brigada. Hé ahí colmado el intento; partir y obrar fué todo uno.

Ya me habreis prevenido en pronunciar á vuestras solas el nombre grato, augusto y venerable del Sr. D. Agustín de Iturbide, primer gefe del ejército libertador de México, y en

— 12 —

yo lejítimo y elevado rango le ganáran su tacto finísimo para calcular, su prudencia para transijir, su valor para emprender, y su política para consolidar. Sin el arrimo y direccion de esos dones, del génio, nuestra independencia, señores, hubiera sido asunto mucho mas largo, sangriento y dispendioso, cuando bajo aquellos tan dignos y suaves auspicios ocho meses y un poco aumento de sacrificios decidieron la intrincada cuestion. ¿Cómo? ¿y qué fué del indomable héroe del Sur? preguntareis y con razon. ¡Ay, señores! al tener que trazar el cuadro tiernísimo, patético hasta la arrobacion, hermoso y sublime sobre todo lo que habeis oido y tal vez alcanza la generosidad humana impelida por el amor patrio; aquel lance de reconciliacion sincera y ferviente entre los dos guerreros, mortales antípodas poco há, y en un instante feliz y providencial, vueltos por un estrecho abrazo el vínculo fraternal para salvar de consuno á la madre comun que destrozaban; el uno rebosando entre lágrimas la abnegacion del justo en el martirio, al despojarse de sus títulos y honores á tanta costa adquiridos, para cederlos á la superioridad intelectual y circunstancias del otro; y éste con no menos terneza reconociendo y abjurando sus errores tan funestos á su patria, prometer lavarlos con su sangre ó consumir la grande obra de su emancipacion; la mia, señores, se suspende y hiela en sus vasos, desespero de mi pequeñez y creo como una profanacion que lo que apenas pudiera mercedamente desempeñarse por el pincel de Rafael ó Miguel Angel, por las plumas poéticas de Lamartine ó Chatoubriand, ó por el buen decir de Cicerón y Mirabeau, haya de ser tan áridamente narrado por mi esterilidad y falta de imaginacion adecuada.

Pero bien ó mal, os he adelantado mucho de mi empeño: el Sr. Iturbide en marcha violenta de la capital para pulverizar las huestes del Sr. Guerrero notablemente acrecidas ya, con la firme resolucion de unírsele en la primera coyuntura, no debió retardar tan importante medida, y á poca distancia colocadas sus fuerzas en pueblos ambos del Estado de México, le dirigió luego una carta enigmática y misteriosa, aunque con un aparato de convite para que desistiera; el segundo le respondió con su acostumbrada y característica dignidad, manifestándole que estaba resuelto á continuar defendiendo el honor nacional hasta perecer ó triunfar; le hacía sérias y enérgicas observaciones contra sus argumentos, basados sobre las ventajas ganadas con la constitucion y las Córtes de España; lo exhortaba á tomar el partido nacional y le ofrecía el mando de las armas de la pátria. Esta respuesta suscitó la dichosa entrevista del pueblo de Acatempan, y á pocas esplicaciones, porque poco demandan para entenderse dos corazones que se aman, que están dominados de un mismo sentimiento y que ansiosos y anhelantes se dirijen á un propio fin; la acta de reconciliacion fué sellada en lo íntimo del alma y no en el papel; pero esa acta

—13—

suprema en todo sentido, fué al cabo la acta de independencia. Trasplantaos, señores, con vuestra consideracion al venturoso pueblecillo; figuraos entrelazados con sus robustos brazos á los dos mas impávidos soldados de los ejércitos beligerantes, empapándose en llanto sus cuellos; escuchad como si hoy pasaran sus efusiones patrióticas y sentimentales „No puedo explicar la satisfaccion que experimento, decia el „Sr. Iturbide, al encontrarme con un patriota, que ha sostenido la noble causa de la independencia y sobrevivido el solo á „tantos desastres, manteniendo vivo el fuego sagrado de la libertad. Recibid este justo homenaje de vuestro valor y de „vuestras virtudes.” El Sr. Guerrero le responde: „Yo, señor, felicito á mi patria porque recobra en este dia un hijo „cuyo valor y conocimientos le han sido tan funestos”...; y mexicanos como yo, suplid con vuestra sensibilidad lo que de menos haya en mi oratoria.

Después de esto, señores, todo lo que queda de notable y recomendable, una vez recibido el mando de los ejércitos el Sr. Iturbide por la seccion magnánima y generosa de su ilustre compañoero, es el plan de Iguala y tratados de Córdoba, obra la mas prudente, sábia y política que en las circunstancias de su expedicion pudo llegarse á concebir; porque conciliando en ese pequeño tratado las intereses todos tan opuestos y divergentes de la época, los hacia contribuir tan bien á todos para el pensamiento fijo y dominante de la Independencia. Si la conversion de héroe y su gefatura en los ejércitos nacionales, pudo estremer como nunca al gobierno vireynal; la produccion de Iguala con el mas esquisito tino, simbolizada en el lema de las tres garantías, absolutamente minó sus esperanzas, trastornó toda su miras, é hizo el objeto de la crítica y odiosidad española al incauto y ridículo Apodaca, que poco antes habia promulgado como indestructible y bien consolidado ya su dominio. Debido á ese singular acierto, se vió con asombro que no solo los generales todos y oficiales del pais desertaron como por encanto de las banderas de los opresores para ir á engrosar las filas de los independientes, sino que aun algunos gefes españoles de diversas graduaciones lo verificaron igualmente, distinguiéndose con señalados servicios. Los Negretes y Echávarris, con otros muchos subalternos de menor categoría, brillaron á la par de los Bustamantes y Quintanares, de los Andrades y Barraganes, haciendo una causa comun, triunfaron en los sitios de Durango y Querétaro, de Córdoba y la capital, y juntos todos presidiendo al magestuoso ejército mexicano, ocuparon ésta el 27 de Septiembre de 1821.

Ya podeis, señores, entonar el Hosanna, bendecir los esfuerzos y sacrificios de nuestros libertadores, y preciaros sin escrúpulo de que por la entidad de la empresa, siete lustros há consumada, las cualidades personales y los sufrimientos que nuestros padres hubieron de vencer, son tanto mas dignos de figu-

—14—

rar como grandes y esclarecidos en el catálogo de los hombres ilustres del mundo, y al lado de los Temístocles y Melciades, de los Brutos y Camilos, de Wasington y Bolívar, cuanto que privados los mexicanos de la educación y conocimientos que á los otros pueblos no les fueron vedados; muy mas difícil nos era sacar de su oscuro seno capacidades elevadas y de tanta ley como se requieren para llegar á su cima, ¿qué digo? para concebir siquiera el atrevido é inmenso pensamiento que aquellas encierran. Y pues que mi comision se circunscribe á celebrar sus glorias y no sus exequias, y á presentarlos triunfantes y admirables hasta su venturoso arribo á la capital de la república; ni me esijais que os hable de su vida pública cuando fueron llamados al poder, ni menos que paso por paso os conduzca hasta los malhadados pueblos de Cuilapa y Padilla. ¡Baldon eterno contra sus detractores y verdugos, y que la sangre preciosa de tan excelsas víctimas pese sobre ellos y sus generaciones todas! Si como hombres tuvieron faltas, como héroes y libertadores apenas se les encuentra parangon.

Antes de concluir, señores, y porque nada he debido hablaros de los efectos de la conmemoracion cívica que estamos celebrando sin que las causas quedasen primero bien puras, esclarecidas y santificadas, mucho menos por supuesto de lo que merecen, porque desde mi exórdio os protesté que no era yo el que habia de cumplir condignamente tan elevada encomienda; permitidme que os pregunte contra los declamadores malévolos de todo lo nacional y patriótico. ¿Si teniamos antes de la independendia lo que hoy tenemos? ¿Si alguna vez gozábamos de lo que hoy gozamos? ¿Si hubieramos podido ser lo que hoy somos? Y por último, ¿si esos mismos que deturpan el gran principio, la soberania nacional y los medios todos de su consecucion, hubieran bajo la férula oprobiosa por que aun anhelan merecido las honras de la pública administracion, obtenido los empleos en que han improvisado escandalosas fortunas, y ser vistos y tratados con los miramientos y consideraciones que apenas se conciliaban entonces los engraidos é inviolables magnates, todos casi españoles del círculo vireynal? Sin patria en nuestro propio suelo, porque éste fué regalía del Santo Pontífice á la corona; sin instituciones propias, que solo suplian códigos de la metrópoli y el particular de Indias, privativo de la Colonia; con una educacion mezquina y muy de familias, para que el pueblo nunca viese la luz; sin relaciones ni comercio, vehículo seguro de la civilizacion que tanto se formidaba; sin aspiraciones ni estímulos para las ciencias y las artes, porque nada se premiaba, nada se concedia y todo había de venirnos de la Península; sin apoyo ni proteccion, que solo se otorgaba á los dominadores; y en sumas ni la dignidad de ciudadanos, sin los respetos de hombres, porque éramos considerados como béstias. ¡Es

—15—

esto por lo que se suspira, no mas que para gozar del reposo de los muertos y que el egoísmo y la riqueza de unos pocos, se solacen y enseñoreen sobre la miseria, la infamia y la desgracia comun?

Voltead ahora la medalla; ved á Méjico señor de sí mismo figurando ya con su nacionalidad y su pabellon tricolor entre las naciones cultas del globo; con sus poderes emanados de su seno y sus leyes propias; en contacto y armonia con los primeros gabinetes de Europa; su instruccion primaria y científica universal, franca y procurada para las clases bajas; su comercio y sus puertos abiertos para todos, con probabilidad de que pronto romperá sus últimas trabas; el talento y los adelantos de la razon, reconocidos, apreciados y con buenos estímulos; los establecimientos de beneficencia, multiplicados y protegidos en toda la nacion; las mejoras materiales y positivas, en boga y con un calor que pasma; y sobre todo, señores, la civilizacion, esa fuente inagotable de bienaventuranza terrestre, esa herencia peculiar de la raza humana, en su genuina colocacion entre todas las componentes del mundo, la civilizacion que nos va poniendo ya en la verdadera gerarquia á que Méjico está llamado por sus destinos y dotaciones naturales, que progresa con una rapidéz asombrosa, y que dentro de pocos años nos habrá de nivelar con los países mas adelantados; la civilizacion azote único del fanatismo, como éste lo es del género humano á quien le ha robado diez millones de vivientes, antemural invencible de las libertades públicas, dominadora de los déspotas y base fundamental de todo lo bueno, de todo lo útil y hasta de los goces esperados despues de la muerte. ¡Con solo esta celestial y nobilísima adquisicion, que nos ha vuelto á nuestro ser natural y social, están sofocadas las mentidas ventajas de una paz ominosa! Ya no somos acémilas ni animales feroces, hemos vuelto á ser hombres, tenemos ya el rango de ciudadanos, en una nacion libre soberana é independiente, objeto de la envidia y comun admiracion. Ved, señores, si la gran solemnidad de este dia, es digna de los mas entusiastas homenajes, y si podrán empañar la memoria sagrada de nuestros bienhechores, esas hordas de miserables emponzoñados abyectos, que no tienen que contrastar á tantas y tan pingües ganancias, sino su paz sepulcral.

Ya es mucho, compatriotas; acabaré con el último toque, que de mis demostraciones procede. La inmensidad que abarcan aquellos infinitos bienes someramente apuntados, y de alcances tan inconcebibles, debidos todos á los afanes sobrehumanos y sacrificios cruentísimos de nuestros memorados padres, no es terreno limitado, accesible y plano, que se corre y apura en poco tiempo, tranquilamente y sin lasto alguno de parte de la edad legataria. ¡Error fatal y torpísimo para los que así lo entienden! Las naciones tardan y sufren demasiado para constituirse; consolidar sus instituciones, en-

—16—

sanciar sus leyes, establecer sus legítimos gozes, y mas que todo, para vencer y dominar sus preocupaciones religiosas, en pugna directísima siempre con los progresos de una libertad racional. La vida de las naciones no es como la de los individuos; ni sus grandes operaciones pueden combinarse y realizarse como las de estos. Cuarenta años para un pais, son un pequeño punto en su escala; y las alteraciones, y los trastornos, y las guerras civiles, y los escándalos y la sangre misma que algunas veces á torrentes se mira correr, los medios inevitables para llegar al gran fin. ¡Que os lo atestigüen las naciones maestras, los fastos históricos de todos los tiempos, el pueblo modelo, digamoslo así, porque fué el protegido de Dios! ¿Cuanto ha costado á la Inglaterra su admirable constitucion y su pais de hoy? ¿La Francia acaso está constituida, despues de tantos horrores y de su antigüedad en el globo? ¿Qué es de España y como ocultarán sus tormentas continuas é inagotables, los que por su dominacion todavia claman y pretendian su protectorado? Y la Italia, ese suelo privilegiado, patria de los hombres mas clásicos y lumbrera del mundo, ¿á que ha quedado reducida? Que callen si tienen pudor, esos ignorantes comentadores de nuestras desgracias; y vosotros mejicanos honrados y de buena fé, levantad las manos al cielo que nos es tan compasivo, tributadle reverentísimas gracias por que acorta nuestros dolores, los sufrimientos comunes y necesarios, y confiad en que su visible proteccion nos ha de conducir á buen puerto. Dejad á los necios y malvados que murmuren, que increpen á nuestros excelsos caudillos y hasta que caigan en los sacrilegios de los Israelitas contra Moises y contra su Dios Santo y benefactor, que los ponía á prueba antes de situarlos en la tierra de promision; adelante, y como convencidos que estais de que todo ese ser y bonanza nos es ganado por los venerables é inmortales héroes de Dolores, el Sur, é Iguala, perpetuad con vuestras demostraciones la memoria DEL VENTUROSO 27 DE SEPTIEMBRE DE 1821.—D I J E.

